

siestas bochornosas, el caramelo de miel que sella una complicidad o los dulces empalagosos que compensan frustraciones, los azahares y las naranjas del Tucumán de la infancia, y una larga lista que alude siempre a ambigüedades secretas, sensualidad y desmesura.

La simbología de Aparicio es más limitada. Acorde con el grupo social postergado al que pertenecen, los objetos representan alienación o carencias. Los míseros enseres (la palangana desconchada sobre el cajón de cerveza, el brasero de latón, los cubiertos gastados) y el valor exagerado que tienen para sus propietarios son, en su gran variedad, símbolos insistentes de estrechez y privaciones. El contraste entre los objetos tópicos del consumo y las mínimas pertenencias (simbolizados por el coche *último modelo* y el ranchito de arpillera a cuya puerta se lo estaciona) remite a las enormes diferencias socioeconómicas y a la imposible conciliación entre los niveles que representan.

Marginación y búsqueda de identidad

La literatura del noroeste, a imagen y semejanza de la realidad referencial, instala su universo narrativo en áreas limítrofes, excéntricas, marginadas. Dos consecuencias directas de este hecho son la búsqueda de identidad como función protagónica y la marginación como gesto social recurrente. Si bien ambas están vinculadas entre sí, es preferible, aún a riesgo de repetir observaciones, analizarlas separadamente, para poder distinguir entre los factores que determinan la marginación, y los distintos medios y direcciones puestos en marcha para la búsqueda de la identidad.

En el primer caso —el de la marginación— los grupos sociales sufren, cada uno en su nivel, una forma peculiar de marginación: los puneños discriminados del país, en Tizón; los provincianos marginados de la capital, en Hernández; los parias relegados de la propia ciudad de provincia, en Aparicio.

Ajeno a su época y a la escena nacional, el altiplano puneño vive en un tiempo mítico y en un espacio cerrado. Incomunicado del resto del país y apartado de la dinámica contemporánea. Sobrevive estoicamente, resignado a su destino de extinción.

Por su parte, la mediocridad y el aburrimiento de la provincia postergada se hacen más notorios frente al abanico de posibilidades, reales o soñadas, que ofrece Buenos Aires. El bovarysismo es rasgo sobresaliente de unos personajes que se sienten alejados de la libertad, de la cultura y de todo lo que significa *La ciudad de los sueños*. Para no claudicar, para no someterse a una normas estrechas y tediosas, se ven obligados a aceptar la discriminación y las conductas aberrantes: otras formas de la rebeldía y otros sucedáneos del suicidio, menos espectaculares que el veneno de Emma Bovary pero no menos dolorosos (v. g. los grotescos finales de *El disfraz*, *La señorita Estrella*, *El viajero*, *Tenorios*).

A su vez, el proletariado del suburbio de la provincia pobre sufre, en primer término, la postergación general de su región con respecto de los centros de la riqueza del país, y, en segundo lugar, la marginación de la propia ciudad que habita. Discriminados desde un principio del magro desarrollo socio-económico de su medio,

estos parias se convierten en víctimas desvalidas de la propaganda y del consumo que se les ofrece pero al que no tienen acceso.

En cuanto a la búsqueda de identidad, no conviene olvidar que ésta es característica sociológica del país en general, señalada por varios autores, y observada también en el resto de Hispanoamérica.

El noroeste argentino ha sido históricamente un lugar de tránsito, y sigue siendo zona de frontera. Su situación geopolítica lo convierte en punto de articulación entre la América indígena de la región andina y el próspero y actualizado Río de la Plata. Estos dos polos de influencia y atracción, resumidos en las significaciones opuestas de Norte y Sur, determinan la esquizofrenia o la riqueza (según se vea) de lo que los antropólogos definen como un área de cocultura. Una lógica indígena y un austero ritmo colonial conviven con los ecos de las ofertas avasallantes de la publicidad y del confort. Los distintos grupos socioculturales de la región padecen una falta o una pérdida de identidad, al no haber podido (porque la tarea necesita tiempo) asimilar, integrar e interiorizar armónicamente las diferencias:

*...este país que aún no acierta a descubrir de qué lado están los propios y los ajenos, el alba, la oscuridad*¹⁰.

Si bien la búsqueda de identidad se da en los tres autores, en cada uno supone una dirección temporal y un resultado diferente. En Tizón se realiza como recuperación retrospectiva de una identidad perdida. En Hernández, por el contrario, como prospección hacia un futuro idealizado al que se exige esa identidad. Y en Aparicio, como internación en el endeble presente para encontrar y asumir la propia condición.

En la Puna, ante un presente agónico y un futuro de extinción, el hombre se vuelve hacia el pasado, se busca a sí mismo en sus ancestros, en sus muertos, en los tiempos idos de un remoto esplendor. La búsqueda de identidad se convierte entonces en un viaje hacia el pretérito, y sólo se la recupera en el recuerdo. *Vivir es recordar*, es la afirmación reiterada por los personajes de Tizón al incorporar este postulado hegeliano que el propio autor subraya en alguna entrevista. En *La casa y el viento*, su última novela, aparece como el hecho que da sentido a la vida del agente narrador y que justifica su deambular sonámbulo de hombre solo y desasido:

*Siento que a medida que avanza agosto el sol y mi vida disminuyen, pero mis sueños se agrandan llenos (...) de todo aquello a lo que debo las ganas de salvarme, de seguir viviendo para recordar.*¹¹

El ejecutor de esa recuperación ideal de la identidad (en el recuerdo, y no en la realidad) es un agente colectivo encarnado en la comunidad puneña actual. En consecuencia, el tiempo protagónico de la narración es el pasado.

En Juan José Hernández, en cambio, la dinámica funcional tiene más fuerza en el plano personal, aunque, lógicamente, el condicionamiento social es insoslayable. Los

¹⁰ TIZÓN, HÉCTOR: *El traidor venerado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pág. 114.

¹¹ TIZÓN, HÉCTOR: *La casa y el viento*, novela inédita.

conflictos psicológicos determinantes hacen que la búsqueda de identidad funcione con mayor énfasis cuando, como ocurre frecuentemente, el aspecto individual está en juego o protagoniza la acción. Encontramos desde el caso extremo de *El viajero* que, en una clara sintomatología edípica, se busca en sus familiares próximos o añora desligarse de su otro «yo» conflictuado, cercenando su personalidad, hasta las heroínas rebeldes que, como Matilde o Mabel, emprenden un transtierro geográfico con la esperanza de encontrarse consigo mismas. Todos han sido expulsados del paraíso, y persiguen, si no la felicidad —imposible en un mundo condenado de antemano—, al menos su apariencia. Anhelan obsesivamente algo que ellos no son pero que querrían ser, lo que la provincia no les puede dar pero que tampoco encuentran fuera de ella. Desterrados de un contradictorio terruño que los agobia pero que es también el único punto de referencia vital, buscan su razón de existir en la lucha para no claudicar. En esa búsqueda, muchas veces atroz o aberrante, hallan la justificación ante sí mismos, a pesar de la condena social. El tiempo protagónico es el futuro, un porvenir idealizado y soñado, aunque también hay retrospectivas que intentan recuperar la infancia.

En la narrativa de Aparicio, la búsqueda funciona tanto en el orden personal como en el social. En el plano individual se alcanza una identidad auténtica, expresada con precisión en el cuento significativamente titulado *La búsqueda*, aunque ello consista en asumirse como *mendigo*, como último peldaño de la pirámide social. En varios cuentos (v. g. *Los bultos*, *La búsqueda*, *La pila de ladrillos*, *Los pasos*), luego de una indagación desorientada, fallida, sin certezas, el agente narrador se encuentra a sí mismo donde parecía esconderse una degradación o un peligro. Este comportamiento generalizado señala, como primer paso hacia el desarrollo de las personalidades débiles e inseguras del arrabal, el conocimiento exacto de sí mismo, la asunción —sin sueños inalcanzables— de la propia condición de miseria y enajenación. La apetencia de identidad, además de comportar un anhelo individual, revela también la expectativa colectiva de un grupo, sostenido apenas por su instinto de conservación. La obsesión por el presente imperioso, por el aquí y ahora de la subsistencia, impide cualquier proyección temporal hacia un antes o un después: sólo existe la absorbente inmediatez del presente.

Técnica narrativa

Enraizados e identificados con la problemática regional, estos escritores son, lógicamente, hombres de su época, alertas conocedores de la renovación técnica de la narrativa de nuestro siglo. La literatura de Faulkner, Dos Passos, Huxley, Proust, Joyce, etc., y la novela hispanoamericana, son puntos de referencia necesarios para juzgar sus obras. Antecedentes de la narrativa de Tizón, Hernández y Aparicio son, respectivamente, el clima del Rulfo, el «bovarysismo» de Flaubert combinado con la importancia del detalle (a veces insidioso) de un Oscar Wilde, y la presencia de Cortázar con su forma irruptiva de incorporar los personajes a la acción; así como también se reconoce en los tres la depuración del lenguaje practicada por Borges. La mención de estos antecedentes literarios no responde a la intención de marcar

influencias, sino a la convicción de que toda obra, aún atendiendo a sus exclusivas obsesiones, crea sus propios antecedentes, y se inserta de una determinada manera en la literatura de su época.

Los aportes se centran en un manejo acertado de la técnica en sus distintos niveles: el dinamismo del punto de vista de la narración, la ruptura de la secuencia temporal, la variedad y complejidad de los diseños estructurales, el juego entre la subjetividad y objetividad en los modos del relato y, en el plano lingüístico, la invasión de oralidad que caracteriza a la literatura actual, el predominio de los «códigos restringidos», o voces de los personajes, sobre la lengua del narrador extrínseco. Este recurso fundamental ha sido rigurosamente empleado por los autores en la caracterización de los agentes y las acciones de los relatos y en la reconstrucción de un mundo particular.

La lengua de la narración

Cada autor elige y organiza franjas de realidad que luego dinamiza al incluirlas en el cerco narrativo; en un proceso, dentro del discurso, cada uno selecciona, de la lengua natural concomitante a esa realidad referencial, distintos niveles lingüísticos que elabora y transforma en los diálogos y en la lengua de la narración. Este proceso de recreación lingüística ocurre siempre, inclusive —y sobre todo— cuando parece registrarse textualmente la lengua oral. Existe un proceso de «ficcionalización» a partir del cual se logra el discurso literario que, como lo afirma Lotman, pertenece a un sistema secundario de moderación. Uno de los mayores aciertos es el hecho de que, con esa recreación, los autores consiguen verosimilitud y eficacia lingüística sin caer nunca en la verdad magnetofónica ni en el diálogo acartonado que malogran la narración. No interesa la apariencia tópica y disonante de una lengua atiborrada de regionalismos, sino «la forma interior del lenguaje» de una comunidad local que conlleva su particular visión del mundo, su cultura, su idiosincrasia.

Tizón reelabora el habla rural y arcaizante del Altiplano, permanentemente perforada por el sustrato indígena, sobre todo quechua, y logra el laconismo ensimismado del puneño, su resignada manera de entender la vida. La rica variedad de modismos empleados (arcaísmos, hispanismos y formas rurales; americanismos, argentinismos y norteamericanismos; influencias fonológicas, léxico-semánticas y morfo-sintácticas del quechua y de otras lenguas aborígenes, con la consiguiente alteración de la norma y del sistema del español) no entorpece el valor comunicativo porque no son traspuestos al habla de los personajes tal cual como aparecen en la realidad. Por el contrario, seleccionados, reelaborados y graduados, son situados estratégicamente para recrear, con naturalidad y soltura, el uso dialectal regional y la visión del mundo que conlleva.

Consecuentemente con los escenarios en que sitúa la narración, Aparicio trabaja el habla precaria del suburbio provinciano, en la que analfabetismo y la orfandad cultural introducen desviaciones fonéticas, léxicas, morfológicas y sintácticas. Esto da como resultado un lenguaje vulgar y desacatado, enriquecido, desde el punto de vista literario, con un doble aporte: por una parte, con el lunfardo o «argot» bonaerense, extendido a los suburbios de las ciudades del país, y, por otra, con la norma dialectal